



BALANCE DE LOS DISTURBIOS EN EL REINO UNIDO: EL CATOLICISMO Y LA CRISIS DE LA IDENTIDAD ANGLOCELTA

Juan Milbank

13 de agosto de 2024

Los disturbios antiinmigrantes en el Reino Unido y la histeria electoral en Estados Unidos son síntomas de una crisis de la identidad anglocelta, vinculada al auge del populismo que se manifiesta a escala global. ¿Cómo debemos interpretar exactamente esta crisis?

El filósofo católico francés Rémi Brague ha descrito el “camino romano” de Europa occidental como un camino cultural de “excentricidad”, según el cual Roma y sus herederos son los transmisores de corrientes culturales situadas más al este: las tradiciones de Grecia e Israel y sus antepasados aún más orientales.

Estas tradiciones combinaron notablemente la especificidad local con reivindicaciones de perspicacia y relevancia universales, centradas en el monoteísmo y en un sentido de la vida verdaderamente buena de contemplación, participación cívica y arte creativo, que todos los seres humanos deberían aspirar a llevar.

Lo que Roma añadió a eso, además de sus propias costumbres, fue un espíritu de disciplina organizada, combinado con uno de aventura extrovertida.

Visto desde esta perspectiva, se podría argumentar que, a pesar del Brexit, los angloceltas son el pueblo más romano y más europeo de todos. Y, si bien incorporaron a la mezcla su propio legado distintivo de paganismo cristianizado (cortesía de los monjes eruditos islandeses e irlandeses), desarrollaron aún más intensamente tanto el impulso eclesial de organizarse como el impulso misionero de aventurarse hacia el exterior.

En el primer caso, perfeccionaron la noción específicamente católica de gobierno representativo y constitucional, celebrada por el Papa Benedicto XVI en su discurso en Westminster Hall. En el segundo caso, siguiendo los pasos de los iberos, transmitieron el mensaje universal que había llegado primero desde Oriente, luego más hacia Occidente y luego en todas las direcciones a través del globo.

El problema, sin embargo, como lo señala la comentarista feminista Louise Perry en una reveladora entrevista en formato podcast con Razid Khan, es que el intenso *afán* de esforzarse por alcanzar nuevas fronteras, hacia la curiosidad, la investigación y lo abarcador, puede correr el riesgo de perder especificidad.

Esto es especialmente cierto cuando el “camino romano” choca con universalismos rivales, como el Islam o las religiones del Lejano Oriente. La tentación es entonces definir la identidad occidental simplemente en términos de una “Ilustración” tal vez inventada retrospectivamente (como lo expresó el historiador británico JCD Clark), olvidando que

los modos de investigación posteriores, más racionalizados y reflexivos, generalmente seguían asumiendo fundamentos cristianos.

Lo recordamos vivamente cuando descubrimos que otros universalismos no necesariamente comparten el mismo sentido de la dignidad de la persona, la igualdad de la mujer, ni la noción de lo relativamente secular y la necesidad de tanto asentimiento libre como sea posible.

Frente a este descubrimiento en la práctica, la esfera anglo-celta se encuentra hoy más dividida que cualquier otra cultura europea.

El deseo supuestamente “educado” es sostener la aventura en términos de una ilustración que se ha despegado imposiblemente de su ancla cultural y ahora favorece los falsos universalismos del dinero global y la tecnociencia global.

En cambio, la seguridad económica y las prácticas sociales de la mayoría supuestamente “sin educación” se ven cada vez más amenazadas por la inmigración masiva, con su presión sobre la vivienda, el bienestar y el carácter de los lugares.

La dominación metropolitana de las finanzas y la información, combinada con un cambio de la producción capitalista al acaparamiento y el alquiler capitalistas, los amenaza aún más. En consecuencia, esta mayoría extrañamente expulsada busca refugio en una identidad popular ya vaciada.

Esto es más evidente en el caso de los países celtas de las islas británico-irlandesas (aunque tal retirada a menudo ha tenido consecuencias perversas), pero en el caso de la mayoría inglesa y de las poblaciones angloceltas de otros lugares, es mucho más elusivo y tiende a afirmarse en términos de ira defensiva.

La confrontación resultante entre el veinticinco por ciento aproximadamente de los “de cualquier lugar” y la mayoría ahora marginada de los “de algún lugar” puede caracterizarse en términos de una guerra cultural entre un universalismo secular inmanente y un particularismo con tendencias atávicas.

El universalismo se basa en la idea liberal de que se puede destilar un orden procesal a partir de contratos económicos y políticos entre individuos aislados que no comparten intereses o ideas comunes.

El particularismo insiste, como reacción, en un sentido de identidad crudo y dado, pero al mismo tiempo ha olvidado el vínculo religiosamente sostenido entre una cultura específica y una visión más universal y trascendente. De ahí la tendencia a volver a la sangre y la tierra

Por supuesto, ahora esto suele adoptar un tono aparentemente religioso, instrumentalizando la religión en favor de un Estado nacional absolutamente soberano, pero hay que rechazar por completo la postura de los “conservadores nacionales” cristianos más virulentos que han respaldado esa nueva modalidad del fascismo.

Lo que se pasa por alto en este estéril enfrentamiento es la paradoja de que no son, en primer lugar, *los individuos*, sino *culturas* arraigadas y concretas, siempre vinculadas a la religión, las que buscan y proyectan lo universal, como en el caso supremo del antiguo Israel.

Una vez que estas culturas pierden su unidad, como le ocurrió a la cristiandad en el período moderno temprano, o caen en decadencia al separarse de las influencias “excéntricas”, como finalmente le ocurrió al Islam más allá de la Edad Media, entonces nos enfrentamos a la terrible elección entre el ilusorio universalismo “educado” de la abstracción no comprometida, por un lado, y el particularismo “sin educación” de aquellos que instintiva y correctamente resisten lo peligrosamente prometeico.

Hoy en día, los cristianos deben darse cuenta de que se encuentran en una posición ortogonal, en desacuerdo con las posturas típicas de la política secular contemporánea.

No pueden aceptar a la “postizquierda” que ha abandonado el socialismo en aras de los derechos, la utilidad y el control de la opinión, por no hablar de las manipulaciones transhumanistas del cuerpo humano, de su vida y de su muerte. Pero tampoco pueden aceptar a la “derecha” económicamente libertaria que rechaza estas manipulaciones simplemente por una búsqueda hipócrita y poco fiable de un contrapunto de seguridad a su anarquismo inherente, a veces combinado con un reclutamiento igualmente insincero de fuerzas populistas.

En cambio, los cristianos deben ayudar a crear una nueva política posliberal que insista una vez más en que el verdadero universal es el Bien trascendente en el que las culturas simplemente participan al tratar de dar forma a un modo justo y particular de solidaridad interpersonal.

En este ámbito, siempre se exige el subsidiariedad, pero no excluye la más amplia relación posible, más allá de las fronteras. Como enseñaba San Agustín, el amor sólo puede empezar por lo más próximo, pero si no se expande “políticamente” más allá de este punto de partida ético, entonces no es amor ético en absoluto.

El desafío fundamental en este nivel es entender en qué se parece y se diferencia nuestro universalismo cristiano de otros universalismos, con los que debemos aprender a vivir en paz. ¿Cómo podemos permitir que nuestro legado “perenne” compartido desde el “cambio axial” vaya más allá de lo tribal y, al mismo tiempo, insistir en que el destino “romano” es transmitir algo todavía más universal, simplemente porque es, paradójicamente, más hospitalario con lo particular y lo encarnado?

Esta es una visión de la compatibilidad de la unidad monista con la personalidad y la relacionalidad, de lo espiritual con lo sacramental, de la comunidad universal con la corporación particular, que sólo las doctrinas de la Trinidad y la Encarnación, y las prácticas constitucionales en constante expansión y libremente asociativas de la *Ecclesia* –todas esas órdenes monásticas, gremios, uniones, fraternidades y hermandades– abren plenamente a la vista.

Debemos oponernos rotundamente a la subordinación de la fe católica a los propósitos nacionales de cualquier nación anglo-céltica, pero también debemos insistir en que sus identidades políticas no escapan a la dualidad de liberal y fascista a menos que recuperen su arraigo en ese credo singularmente generoso.

Esto significa, sin lugar a dudas, que no podemos pretender, como la posizquierda, que la ansiedad populista se debe *simplemente* a las vergonzosas manipulaciones de la extrema derecha. También encarna un sano instinto de que es necesario un grado sensato, no fanático, de cuidado en cuanto a quiénes y en qué número habitan las tierras angloceltas.

Semejante preocupación no es una traición, sino una genuina preocupación por mantener el impulso universalizador de la aventura romana, por parte de quienes están culturalmente comprometidos con ella.

Foto: Edym cabalgando hacia la corte del rey Arturo (circa 540 d. C.). Ilustración original: 'Enid' de Gustave Doré en 'Idilios del rey' (publicado entre 1857 y 1855). (Foto de Hulton Archive/Getty Images).

John Millbank es teólogo, filósofo, poeta y teórico político.